

EL USO DE FUENTES Y ENTREVISTAS EN LA HISTORIA DE LOS MEDIOS: EL CASO DE LA TELEVISIÓN ARGENTINA

Mirta Varela (Universidade de Buenos Aires)

Resumo: Este artigo aborda problemas metodológicos específicos da história dos meios. A partir da história da televisão na Argentina se colocam três questões centrais: os arquivos audiovisuais, o uso de fontes alternativas e a construção de fontes em história oral. O artigo conclui que a escolha das fontes sempre deveria estar subordinada a uma decisão teórica e não ser o resultado de um problema de arquivo. Entretanto, a carência de arquivos obriga a redefinir os alcances e a factibilidade de uma investigação. Ainda que a investigação empírica que serve de base para este artigo não pretenda ter validade em todos os casos, propomos alguns elementos que podem ser úteis a projetos similares na história dos meios.

Palavras-chave: Metodologia – história da mídia – televisão

Abstract: This paper inquires into specific methodology on media history. From the case study of television history in Argentina, three main problems are set out: audiovisual archives, the use of alternative sources and the construction of oral sources in oral history. The article concludes that the choice of the sources should be always subordinated to a theoretical decision and not the result of a problem with archives. However, the lack of archives forces to redefine the scope and factibility of research. Even if the empirical evidence that serves as starting point to this article does not intend to have validity in other cases, it proposes some elements that can be useful to similar projects in Media History.

Keywords: Methodology – media history - television

Resumen: Este trabajo indaga en problemas metodológicos específicos de la historia de los medios. A partir del caso de la historia de la televisión en Argentina se plantean tres cuestiones centrales: los archivos audiovisuales, el uso de fuentes alternativas y la construcción de fuentes orales en historia oral. El artículo concluye que la elección de las fuentes siempre debería estar subordinada a una decisión teórica y no ser el resultado de un problema de archivo. Sin embargo, la carencia de archivos, obliga a redefinir los alcances y la factibilidad de una investigación. Si bien la investigación empírica que sirve como base para este artículo no pretende tener validez en otros casos, propone algunos elementos que puedan resultar útiles a proyectos similares en Historia de los medios.

Palabras clave: metodología – historia de los medios - televisión

La historia de los medios de comunicación supone una cantidad de problemas teóricos. Historizar un medio implica necesariamente la definición de un objeto complejo que tanto puede ser abordado por la historia económica como por la historia política, social o cultural. Sin embargo, aun después de haber decidido en qué campo historiográfico nos ubicamos, los inconvenientes persisten. Si en el caso de la prensa

periódica y de las revistas populares, el deterioro o la falta de archivos es, a veces, problemático, en el caso de la radio, la televisión y otras industrias culturales como la música o la fotografía, la ausencia de fuentes adquiere dimensiones dramáticas. Se produce, en estos casos, una singular paradoja: los medios más recientes enfrentan al historiador a las mayores ausencias, carencias o deterioro de archivo. Se trata de una paradoja fácilmente explicable por el diverso valor cultural asignado a estas fuentes.

Me propongo indagar en este trabajo acerca de los problemas metodológicos específicos de la historia de los medios de comunicación, a partir de la experiencia de una investigación sobre la historia de la televisión en Argentina¹. Entiendo que sólo el trabajo empírico en base a fuentes específicas permite develar los problemas metodológicos. Sin embargo, también entiendo que sólo una reflexividad permanente sobre el trabajo de investigación y su puesta en correlación con una teoría habilitan un trabajo interpretativo sobre bases de mayor certeza. La consolidación de un campo tan difuso como el de la historia de los medios depende de la acumulación de investigación realizada en base a premisas teóricas y metodológicas relativamente consensuadas.

Por otra parte, la “banalidad” de los medios de comunicación –entendiendo por ello, la falta de legitimidad cultural y estética- tiene dos consecuencias fundamentales para la investigación. En primer lugar, la exigencia de una teoría donde apoyarnos a la hora de recortar y definir el objeto de investigación. Una paradoja fundante de la Sociología de la cultura –tal como podría definirla Pierre Bourdieu, por ejemplo- se aplica en este caso sin restricciones: cuanto más banal es el objeto, mayor es la exigencia teórica para su construcción. En segundo lugar, una permanente revisión metodológica que alerte contra el uso irreflexivo de las fuentes. En este punto, la historia de los medios no se aparta de otras formas de la historia. Sin embargo, el trabajo con fuentes que cuentan con menor tradición de análisis crítico y la cercanía temporal que lleva a reconstruir episodios de la historia reciente, son dos aspectos que dificultan la construcción de un aparato crítico en historia de los medios aun más que en otros campos historiográficos más consolidados.

En las próximas páginas, me gustaría detenerme en los problemas metodológicos hallados en una investigación realizada para la reconstrucción de la historia de la televisión en la Argentina. Si bien no pretendo que esta experiencia resulte trasladable a otros casos, intentaré extraer algunos elementos que sirvan para pensar la construcción de otros proyectos relativamente cercanos en Historia de los medios. Porque, como señalé antes, entiendo que sólo a partir del análisis de una empiria específica es posible

delimitar problemas metodológicos concretos. Por otra parte, la escasez de archivos y el uso recurrente de fuentes orales para la Historia de los medios, lejos de resultar una excepción, funcionan como la regla de la investigación en este campo. De allí que nos detengamos especialmente en este punto.

Escasez de fuentes o decisión teórica

Las fuentes orales se encuentran necesariamente incluidas dentro de una variedad de otras fuentes que es necesario considerar para comprender qué función tienen, en cada contexto, las fuentes orales construidas para la investigación. En este sentido, es necesario aclarar que las fuentes cinematográficas, radiales y televisivas de los periodos tempranos de la historia de los medios en la Argentina se encuentran completamente devastadas. La ausencia de fuentes provenientes de esos medios es total o prácticamente total. La mayor parte de los filmes del periodo mudo –que fue muy prolífico en la Argentina donde hubo cámaras cinematográficas desde 1896- se ha perdido irremediamente. En el caso de la programación radial y televisiva esta ausencia se debe a las características de estos medios que no registraban las emisiones mientras se realizaban en forma simultánea. Sin embargo, eso no fue un obstáculo en otros países donde se han guardado aunque más no sea algunos programas ejemplares de estos periodos. En la Argentina –como también en muchos otros países- el registro de estas transmisiones sólo fue objeto de interés en un periodo posterior y continúa siendo problemática debido a la carencia de archivos públicos.

Este panorama nos enfrenta rápidamente a dos cuestiones. En primer lugar, a la importancia central que cobran los archivos para cualquier investigación de este tipo. En segundo lugar, nos impone las primeras decisiones metodológicas. Aunque no fuera aclarado, la mención de los “periodos tempranos” de la historia de los medios remite a un problema recurrente para los historiadores: la periodización. Las fuentes disponibles suelen estar directamente relacionadas con la periodización de los medios de comunicación.

En el caso de la investigación a la que hice referencia, por razones que no vale la pena desarrollar aquí, me limité al estudio de las dos primeras décadas, concretamente el periodo 1951-1969. En 1951 se inauguró el primer canal del país y en 1969 la transmisión de la llegada del hombre a la Luna a nivel internacional y la repercusión nacional obtenida por la transmisión de un acontecimiento político conocido como “Cordobazo”, además de una cantidad de problemas económico financieros de los

canales privados, permitían hipotetizar un punto de viraje de la televisión argentina. Adoptar esta periodización implicaba abordar dos períodos bien diferentes de este medio de comunicación:

Primera década (1951-1960): durante todo este periodo sólo existió un canal estatal –el Canal 7- que transmitía solamente para la ciudad de Buenos Aires en un horario restringido, con toda la programación en vivo. De manera que se trató de una televisión muy limitada desde el punto de vista geográfico que difícilmente pueda ser considerada nacional ya que fue apenas local (porteña o para la Ciudad de Buenos Aires). Fue, asimismo, una televisión muy exigua desde el punto de vista de la cantidad de horas de transmisión y de la cantidad de receptores existentes. Durante esta etapa se transmitía toda la programación en directo y no se conservaron grabaciones en ningún otro soporte.

Segunda década (1960-1969): en 1960 se inauguraron tres canales privados en la Ciudad de Buenos Aires y varios en el resto del país. Se trata del momento de expansión del medio tanto desde el punto de vista geográfico como desde el punto de vista del público (aumento exponencial de la cantidad de receptores) y de las horas de programación. Podríamos decir que se trata de la etapa durante la cual la televisión se convierte en un medio de masas. En 1958 se había incorporado el video tape en el país pero recién comenzará a ser utilizado a comienzos de la década de 1960. De esta etapa, existen una cantidad limitada de horas de grabación conservadas por los mismos canales que no cuentan con archivo público para la investigación.

De manera que la primera constatación es que las fuentes estrictamente televisivas son extremadamente escasas para el período que nos propusimos estudiar. Esto conduce necesariamente a la búsqueda de fuentes alternativas. Sin embargo, este planteo –que parece una obvia respuesta a un dato empírico- deja a un lado una pregunta de fondo que siempre debiéramos formularnos previamente: Si estos problemas no existieran y contáramos con todo el archivo disponible, ¿qué estrategia metodológica utilizaríamos? En este caso en particular, ¿sólo estudiaríamos la historia de la televisión a partir de los programas emitidos? La respuesta es claramente negativa y, aún en el caso de que tuviéramos a nuestro alcance todo el archivo del medio a estudiar –como es el caso de muchos medios gráficos o de algunas televisiones nacionales para periodos más recientes- ello no nos exime de utilizar otras fuentes. En este sentido, la elección de las fuentes debe estar siempre subordinada a una decisión teórica y no puede ser el resultado de un problema de archivo. Lo que puede ocurrir es

que la carencia de archivo nos obligue a redefinir los alcances de nuestro trabajo: qué podemos investigar y qué preguntas nos quedarán sin respuesta.

Los medios son objetos culturales complejos que –como todo objeto cultural– habilitan con facilidad la dispersión de fuentes. Lo que quiero decir es que, desde este punto de vista, la televisión no es simplemente lo que ocurre en la pantalla, sino también lo que ocurre con su público mientras la mira, el modo en que se produce lo que sale al aire, la relación con otros aspectos de la sociedad en la que transcurre. Entiendo que, al definir la televisión como un objeto social y cultural, atravesado por los usos que la sociedad ha hecho de ella y no solamente como un discurso –tal como lo haría la semiótica, por ejemplo– se impone el trabajo sobre fuentes diversificadas para la reconstrucción histórica. Dichas fuentes incluyen la programación en un lugar que, obviamente, es central pero de ninguna manera excluyente dentro del trabajo de reconstrucción histórica.

Organización de las fuentes utilizadas

En términos ideales, el historiador debería seleccionar sus fuentes en función de los problemas a investigar. Dicho de otro modo, deberían ser las preguntas de la investigación las que determinan la búsqueda de las fuentes. Sin embargo, en la práctica, sabemos que las cosas ocurren de otro modo y, si bien es indispensable tener claro qué es lo que deseamos saber, también resulta loable permanecer lo suficientemente abiertos a lo que las fuentes nos dicen –y no esperábamos oír– durante una investigación.

En el caso al que estoy haciendo referencia, una pregunta central era cómo habían sido y qué impacto habían tenido las primeras transmisiones de televisión en la sociedad argentina. Recurrí para ese momento inicial a la lectura de **medios gráficos**: diarios, revistas de interés general, de radio, cine y del espectáculo. También pude ver algunos **noticiarios cinematográficos** dedicados a la televisión. Y por último, algunas **entrevistas** a quienes formaron parte del canal que realizó esas primeras transmisiones. Fue muy notable que, en las entrevistas realizadas al público para esta investigación, prácticamente no se realizaron menciones a la primera transmisión de televisión, una cuestión sobre la que me gustaría volver más adelante.

Los medios gráficos contemporáneos diferían completamente de la percepción de los hacedores. Los diarios y revistas de 1951 no le otorgaron a las primeras transmisiones un lugar tan destacado como esperábamos y, en muchos casos, se hablaba

de decepción. Para interpretar el sentido de estas fuentes fue necesario revisar algunas revistas de las décadas anteriores. Sin embargo, si en 1951 la televisión aparecía en *diarios o revistas de interés general o del espectáculo*, para las décadas anteriores debí acudir a *revistas técnicas*, lo cual ya suponía un movimiento en el lugar imaginario que la televisión había ocupado durante esas décadas. La otra estrategia para comprender qué había pasado en ese momento fue *comparativo*: cómo se habían instalado los primeros canales de televisión en Cuba, México y Brasil que habían tenido un canal de televisión en 1950. Esto fue muy útil para comprender el lugar diferencial que la televisión argentina tenía en América Latina en comparación con el lugar que había tenido treinta años antes el inicio de la radiofonía que se había considerado pionera a nivel internacional (las primeras transmisiones radiales en Buenos Aires son de 1920).

La programación era el aspecto más difuso de esta primera etapa ya que lo único que se podía hacer fácilmente era reconstruir las *grillas de programación presentes en las revistas dedicadas a la radio* (que inmediatamente comenzaron a incorporar la programación televisiva hasta que aparecieron las primeras revistas dedicadas a la televisión) pero no podía contar con grabaciones de programas. De manera que decidí comenzar por la reconstrucción de la memoria que conservaban las audiencias de esa primera etapa y para ello realicé **entrevistas en recepción** a gente que había visto televisión durante esa etapa. Luego contrasté estas entrevistas con *notas y publicidades* halladas en los medios gráficos y algunos *filmes* donde aparecía tempranamente la gente viendo televisión.

Recién después de esta reconstrucción pasé a analizar la producción: quiénes y cómo habían hecho la televisión de esa etapa y, por supuesto, en qué había consistido. Aquí utilicé **fuentes orales**: entrevistas a directores, camarógrafos, actrices, personal técnico, guionistas. Pero también utilicé **guiones** de programas ficcionales, unos pocos **dibujos** de plantas de estudio y anotaciones de un director de escena que él mismo me facilitó y que fueron sumamente útiles para imaginar cómo habían sido los estudios de un canal que ya no existía en el momento de iniciar la investigación.

El pasaje de la reconstrucción de esa primera década a la segunda implicaba analizar también un momento de transición que incluía un cambio de legislación y un flujo de capitales norteamericanos que permitían explicar la apertura de los canales privados y la expansión masiva de la televisión. Para este punto trabajé con **fuentes secundarias**: había un puñado de investigaciones realizadas por especialistas en políticas de radiodifusión y en economía de los medios. Se trataba de un aspecto de los

medios que considero central desde el punto de vista teórico pero para el que carezco de formación específica. De manera que la existencia de trabajos sobre este tema, además de la consulta con especialistas, fue fundamental.

El periodo 1960-1969 fue abordado desde cuatro puntos de vista diferentes:

1. ***La programación popular*** de este período, es decir de aquella zona de la televisión que, en cierta forma había convertido a este medio en hegemónico dentro del sistema de medios. Se trata también de aquellos programas que los canales han conservado mayormente. De manera que por fin podía trabajarse con **videos** y “ver televisión”. Pero siguieron siendo de utilidad las **fuentes gráficas** para reconstruir la grilla de programación y para seguir la repercusión que habían tenido los programas.

2. ***Las “excepciones”***, esto es, algunos programas especiales, los “raros” de la televisión de ese período. Se trataba de algunos programas especiales considerados de gran calidad artística y con gran repercusión de público simultáneamente. Este aspecto de la televisión permitía reconstruir parámetros estéticos y de calidad de producción de la televisión del periodo. Para este aspecto tuve en cuenta las conexiones que la televisión mantenía con el cine y el teatro del período y para ello recurrí a **revistas de cine, revistas de teatro, entrevistas a escritores de teatro y televisión, filmes y obras de teatro**.

3. ***La relación de los intelectuales y la televisión***. El lugar –o más bien el no lugar- que la televisión había tenido para los intelectuales de la década del sesenta que la obviaron e invisibilizaron primero, para luego criticarla y cuestionarla. Se trataba de una cuestión importante para comprender la legitimidad del medio, el lugar imaginario que el mismo había ocupado. Para este aspecto, utilicé como fuente **revistas político culturales** y algunos **ensayos** donde los intelectuales refirieron tempranamente a la televisión.

4. ***Las audiencias***. La periodización final fue decidida, entre otras razones, por el lugar que el público le había otorgado en su memoria a la transmisión de la llegada del hombre a la luna que se presentaba, casi sistemáticamente, como el acontecimiento más recordado de la televisión. Al mismo tiempo, la coincidencia temporal de este acontecimiento con un evento político nacional permitía contrastar la recepción de un acontecimiento global con otro nacional. Las **entrevistas** fueron clave para la reconstrucción de la perspectiva de las audiencias pero tampoco descarté el uso de **fuentes gráficas** y los **programas** de televisión para indagar cómo se representó durante los años sesenta al público de televisión. Una tira cómica como *Mafalda* fue de

gran utilidad para detectar los lugares comunes de la clase media porteña sobre las formas de ver televisión.

Fuentes orales, problemas banales...

En las entrevistas utilizadas para la investigación que estoy tomando como base para este análisis fue necesario considerar dos aspectos: el modo en que la *memoria* media la reconstrucción del relato sobre el pasado y la *perspectiva subjetiva* que tiñe esa narración. Ambos tópicos han sido ampliamente desarrollados por la investigación en *Historia oral*. Pero cuando el punto a indagar es la relación de la audiencia con un medio, ha sido fundamental, además, considerar el problema tal como se presenta en la *Etnografía de la audiencia*.

Sin embargo, del recorrido por las fuentes utilizadas surge claramente el uso de dos tipos de entrevistas muy distintos que, por comodidad, he preferido llamar **entrevistas en producción** y **entrevistas en recepción**. Los problemas que plantean la realización y el uso de ambos tipos de entrevistas son muy diferentes, así como también es muy distinto el aporte que cada una realiza a la investigación.

Las entrevistas en producción, realizadas a quienes habían trabajado en la televisión de los años cincuenta y sesenta, tuvieron como objetivo la reconstrucción del origen y el modo de trabajo de quienes produjeron inicialmente la televisión. Era habitual señalar que la televisión había sido una extensión de la radio (de hecho su primer director fue un hombre de la radio y el primer estudio de televisión funcionó en un estudio de radio). Sin embargo, las entrevistas aportaron otros datos. Los profesionales de la radio –y también del cine– se mostraron reticentes a participar de un medio que pagaba peores sueldos, tenía menor repercusión en el público y una producción pobre y desventajosa respecto de los medios en los que se encontraban trabajando. De manera que la mayor parte del personal técnico y también de los productores, actores, directores y escritores de esa primera etapa de la televisión no había trabajado previamente en ningún otro medio de comunicación. Sólo una pequeña parte provenía principalmente del teatro o había participado en la radio.

Los relatos de estos entrevistados aportaban una perspectiva singular que dependía de la posición que habían ocupado en el medio. Esto, que hubiera sido valioso en cualquier caso, era clave ante la ausencia de otras fuentes. Los entrevistados hablaban de programas de televisión que nunca vi y nunca podré ver. De manera que su

palabra debía servir para reconstruir un ambiente de trabajo pero también para imaginar retazos de imágenes perdidas.

Por otra parte, los entrevistados no sólo tenían orígenes y formaciones muy diferentes, sino que además habían realizado trayectorias diversas desde entonces hasta la actualidad. De allí que alguien que había sido camarógrafo pero actualmente era gerente general de un canal tenía una mirada muy distinta al de una bailarina que en los años cincuenta había sido parte del ballet de Canal 7 pero nunca más había trabajado en televisión. Lo mismo ocurría con un escritor de teleteatros y un conocido dramaturgo que había escrito en esa época para la televisión y en el momento de la entrevista dirigía un teatro. En fin, el uso de estas fuentes, exigió utilizar varios tamices antes de distinguir qué es lo que se podía tomar para la reconstrucción de la programación que, en verdad, finalmente fue muy poco.

Las entrevistas en recepción trajeron, sin embargo, los mayores problemas al punto de llegar a dudar en el transcurso de la investigación si utilizarlas o no como fuente histórica. Esta decisión extrema para una investigación habla de un tipo de decepción particular que caracteriza a las fuentes orales. Se trata de una decepción directamente proporcional al trabajo invertido en su construcción y el grado de novedad de lo obtenido en las entrevistas. Para decirlo muy rápidamente: las entrevistas de este tipo rara vez aportan algo excesivamente nuevo.

En mi caso, trabajé con dos tipos de entrevistas en recepción. Por un lado, contaba con 300 desgrabaciones de entrevistas realizadas por estudiantes de la Carrera de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Buenos Aires cuya realización yo había coordinado pero no “controlado”. De esas entrevistas, seleccioné 110 que cumplieran con un doble requisito: por un lado presentaban mayores indicios de fidelidad en la transcripción y, por otro lado, era donde la televisión ocupaba un lugar más destacado ya que la televisión no era el tema de la entrevista. La propuesta a los estudiantes fue que hicieran una “Autobiografía comunicacional” que consistía en entrevistar a tres generaciones dentro de su familia si era posible acerca de la relación que cada uno había mantenido con los medios. Se trataba de entrevistas abiertas de tipo biográfico, que tenían como objetivo reconstruir la relación de los entrevistados con los medios, de allí que la televisión a veces no apareciera espontáneamente y otras, apenas se mencionara. A partir de ese material, sumé entrevistas en profundidad que realicé personalmente y que estuvieron centradas en la relación con la televisión.

Aunque los entrevistados se empeñaran en hablar de la programación, en dar sus opiniones sobre el medio, etc., fue muy útil atenerse a la premisa de que lo único que podíamos reconstruir a través de estas entrevistas, era la perspectiva de las audiencias. Lo que aportaron fue básicamente cuestiones ligadas a la inserción de la televisión en la vida cotidiana: el momento en que llegó el primer televisor, quién decidió su compra, cómo se instaló, qué se miraba, en qué horarios, con quién, dónde se colocó el televisor, etc. De hecho, esta información permitió hipotetizar una transformación en los hábitos de recepción televisiva entre una década y otra que llamé *el pasaje del ritual a la ritualidad* que se correspondía con el pasaje desde una recepción discontinua -una televisión “se iba a ver” a la casa del vecino, a la casa del pariente rico, al club o a la unidad básica- a un momento en que la televisión “está ahí” como parte de las rutinas diarias y forma parte de la vida cotidiana.

Si hasta aquí es evidente el aporte e interés del trabajo con estas fuentes, vale la pena detenerse ahora en los problemas que plantean. Todos los problemas largamente debatidos en los estudios de audiencias con metodologías cualitativas relativos a la cercanía del objeto de investigación y a la dificultad de un tratamiento crítico de estas fuentes, se presentaron aquí en todo su esplendor. Para decirlo de otro modo: ¿cómo vamos a ejercer una mirada crítica sobre esa anciana que nos contó cómo vio televisión por primera vez mientras nos invitaba a tomar mate en el living de su casa? Habría que ser una mala persona para hacerlo. Sin embargo, la perspectiva de la anciana es, como todas, una mirada no sólo muy parcial sino completamente embebida de su pasión por algunos programas que formaron parte de momentos importantes de su vida.

La segunda dificultad que presentan estas entrevistas está ligada al uso de la memoria. Si las audiencias son de por sí fuentes problemáticas, la memoria de las audiencias lo es doblemente. La memoria es por definición fragmentaria y presente. Recurre al presente del sujeto y a los relatos ajenos que han sostenido o sostienen el propio para llegar a la reconstrucción. En el caso de la investigación sobre las décadas del cincuenta y sesenta, se trataba de la reconstrucción de aspectos de la vida cotidiana sobre los cuales suele ser más difícil hacer hablar a los entrevistados. Por eso fue mucho más sencillo recordar acontecimientos singulares o eventos de gran envergadura como la llegada del hombre a la Luna, el asesinato de Kennedy, un mundial de fútbol... Como diría Borges, en el Corán no hay camellos. Lo más obvio, lo que forma parte del entorno cotidiano de los entrevistados, generalmente no es mencionado porque se lo considera

banal. En fin, es difícil que en las entrevistas surjan espontáneamente aspectos ligados al “uso” de la televisión.

En este sentido, las entrevistas vuelven difícil diferenciar dos nociones que resulta indispensable distinguir en la investigación sobre medios de comunicación: me refiero a “uso” y “recepción”. El “uso” alude al modo en que una técnica materializada en un objeto -que generalmente es percibido como un electrodoméstico- es apropiado por parte de los usuarios y utilizado en un ámbito social determinado –en este caso, el ámbito doméstico-. La recepción, en cambio, supone un trabajo interpretativo de la programación del medio. Aunque el “uso” y la “recepción” resulten claramente diferentes en la teoría, los entrevistados entrelazan las referencias de un modo que las vuelve por momentos difíciles de escindir.

La memoria de los entrevistados, por otra parte, se superpone con un proceso social que es el que llevó a la televisión de ser un objeto raro primero, a convertirse en un medio hegemónico luego, hasta perder hegemonía durante los últimos años frente a la emergencia de Internet. Los entrevistados no pueden prescindir de la perspectiva que mantienen actualmente con el medio y que es completamente diferente de la que tenían en otra época: por cuestiones personales (como la edad) pero también por cuestiones sociales (la dinámica del medio de comunicación). En este sentido, resulta indispensable poner en correlación la perspectiva de las audiencias con un análisis de la dinámica histórica del medio y su correlación con una historia general que ponga en sistema el medio estudiado con otros y permita detectar las trayectorias o fluctuaciones que un medio de comunicación mantiene en relación con los demás. Para ello, resulta útil contar con información estadística sobre producción, circulación y consumo de los medios estudiados históricamente.ⁱⁱ Pero además, resulta indispensable conocer los problemas específicos del período histórico estudiado.

En el caso argentino, por ejemplo, el periodo de la dictadura 1976-1983 ha acaparado la atención e inclusive la categoría de la memoria que adquiere, en este caso, un sentido fuertemente político. Intentar indagar, a través de entrevistas, el uso de los medios durante ese periodo puede resultar muy complicado ya que los entrevistados tienden a correr sus respuestas al campo de la política como si haber visto televisión o haber ido al cine durante la dictadura fuera una suerte de pecado. Parece casi inevitable que, quienes hoy son adultos, intenten organizar un relato relativamente heroico de su actuación durante esa etapa. Pero también parece inevitable aceptar que recordar siempre resulta perturbador.

Por último, quisiera cerrar estos apuntes volviendo sobre los dos tipos de entrevistas –en producción y en recepción– que, además de ser resultado del trabajo empírico al que he aludido, coinciden con un problema al que se enfrentan la mayor parte de los historiadores de los medios. Entiendo que la perspectiva de quienes hicieron la televisión inicial y la que aportaron las audiencias permite constatar hasta qué punto es cierta la premisa de que “la perspectiva construye el objeto”.

Mientras los camarógrafos, locutores o técnicos que participaron de las primeras transmisiones relataron esos inicios en forma heroica, como la gesta triunfante de un medio precario que, al mismo tiempo, todo el mundo esperaba, las audiencias apenas registraron los comienzos de la televisión en Argentina y la primera transmisión pasó “sin pena ni gloria”. Lo importante era la llegada del primer televisor al hogar, no la primera emisión considerada como “histórica” por sus hacedores.

La mayor parte de las historias de los medios escritas por periodistas adoptan el punto de vista épico de los testimonios. Pero una buena parte de las historias escritas por historiadores también enfrenta la enorme dificultad de distinguir entre la aparición en escena de un medio y su interés social que suele demorarse en el tiempo y casi nunca coincide con los tiempos de la “producción”. Nuevamente, la complejidad de los medios de comunicación supone que, si bien ninguno de estos puntos de vista es errado, ninguno es completo.

Mirta Varela é Doutora em Letras pela Universidade de Buenos Aires, pesquisadora do CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas) do Instituto Gino Germani da Faculdade de Ciências Sociais da Universidade de Buenos Aires, onde ocupa a cátedra de História dos Meios de Comunicação. Foi pesquisadora na Universidade de Paris VIII (2005-2007) e professora visitante da Universidade Livre de Berlim.

Notas

ⁱ El resultado de esa investigación fue publicado en forma de libro: Varela, Mirta, *La televisión criolla. Desde sus inicios hasta la llegada del hombre a la Luna 1951-1969*, Buenos Aires, EDHASA, 2005.

ⁱⁱ Nuevamente, nos encontramos frente a la paradoja de que los medios más recientes resultan más difíciles de “medir” ya que en Internet tanto las categorías como las mediciones han transformado completamente el problema.